

# Universo normativo y discurso narrativo en "Región" (Juan Benet) y en "Canudos" (Euclides da Cunha)

Autor(en): **López, Mariano**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas**

Band (Jahr): **21 (1992)**

PDF erstellt am: **29.06.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-260943>

## **Nutzungsbedingungen**

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern. Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

## **Haftungsausschluss**

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

UNIVERSO NORMATIVO Y DISCURSO NARRATIVO  
EN *REGIÓN* (JUAN BENET)  
Y EN *CANUDOS* (EUCLIDES DA CUNHA)<sup>1</sup>

La influencia de la novela de Euclides da Cunha en la concepción del mundo «regionato» de Juan Benet ha sido reconocida por éste en múltiples ocasiones<sup>2</sup>. No es de extrañar que algún estudioso de la novelística benetiana se interesara por el tema y quisiera rastrear con más detenimiento los lazos de unión entre los dos escritores. Entre ellos podríamos citar a M.A. Compitello<sup>3</sup>, el cual establece una serie de paralelismos entre la composición de OS y de *Volverás a Región* —primera novela del escritor español—, poniendo de relieve igualmente la utilización de ciertos motivos, temas y técnicas que no dejan lugar a dudas acerca del diálogo intertextual consciente mantenido entre las obras citadas.

Por mi parte quisiera llamar la atención acerca de una característica de la obra euclidiana que a mi juicio ha ejercido en Benet una atracción irresistible hasta el punto de darle la clave sobre la que sustentar su discurso narrativo: la constitución de un universo normativo o *nomos*<sup>4</sup>.

Dicho acto lleva aparejado la elección de un *topos* que delimita el área en el que se prescribe y practica la norma, y que le separa de otros espacios normativos que le son ajenos y de los que se siente horro de todo compromiso contractual. A fin de avalar tal decisión unilateral, el grupo o comunidad debe confeccionarse un *epos*, en el cual se «narran» los orígenes de la norma que acatan, es decir su «historia», que no sólo sirve de complemento al cuerpo jurídico que dicta la organización del presente, sino que les otorga un destino, un *telos*, hacia el cual se encaminan comunicándoles una unidad de intención o propósito que impide que la cohesión del grupo sufra menoscabo grave. Esta narración une un pasado ideal imaginado con un futuro asimismo imaginario y encubre el desfase que existe entre la realidad pre-

sente y sus extremos, al par que alivia la tensión producida por aquél.

Aspira pues a superar la contradicción inherente a todo sistema normativo, a saber: la distancia que separa la norma o ley de su interpretación por parte de los que la suscribieron. Únicamente en el origen, cuando se estaba gestando el nuevo orden, ley, interpretación y ejecución eran una misma cosa, fundidas en un mismo ademán e intención, armonía que se resquebrajó una vez que las lindes jurisdiccional y física acabaron de delinearse. Existió por tanto sólo en la mente (imaginación) de los miembros de la nueva comunidad o nación, y existe por consiguiente tan sólo en el discurso narrativo que plasmó y plasma dicha gestación. Para recuperar esa unidad y evitar que las diferentes interpretaciones generen nuevos *nomos*, la épica del grupo, su mito fundacional, preve el advenimiento de un estado futuro en el que de nuevo se recupere la correspondencia otrora perfecta entre norma y sentido, o sea entre un deseo y su satisfacción, traducido esto en un vivir sin tensiones dentro del marco existencial fijado, lo cual presupone una concordia entre espacio físico, social, personal, imaginario y normativo.

Lo que desbarata y pone en peligro la estabilidad de un cosmos así concebido no es solamente la proliferación de lecturas distintas de la norma con las correspondientes actitudes discordantes, sino el solapamiento con otros espacios normativos que no admitan en su seno tales cuerpos extraños, para lo cual toma las medidas pertinentes, entre las que se encuentran la fagocitosis de aquéllos o su destrucción. Otras veces resulta ser el mismo elemento que se ha segregado el que en un esfuerzo redentor trate de expandir su universo normativo por doquier, haciéndoles partícipes de su mito y de su visión. Este desarrollo puede tener éxito o acabar en fracaso, no obstante lo cual, el camino seguido para llegar a uno u otro estado se habrá visto salpicado de acciones violentas, en el mejor de los casos incruentas, en el peor de ellos, cruentas, pero que es inevitable cuando de aplicar una nueva norma se trata y que choca con otras tan legítimas como ella, en tanto en cuanto fueron constituidas siguiendo esquemas paralelos a aquélla.

*Canudos* fue la obra de un visionario, Antônio Conselheiro, que eligió ese lugar apartado del sertón brasileño para

fundar en él un nuevo orden acorde a las creencias que éste profesaba y en consonancia con su interpretación particular de lecturas religiosas cristianas. Los tres momentos que informan el universo normativo predicado y que se encarnará en un grupo de prosélitos de extracción varia asentados alrededor de las iglesias que aquél mandó erigir en Canudos a modo de bastión de la nueva fe y como monumento en honor del nuevo orden, reproducen el esquema mencionado más arriba: constitución de una épica «a lo divino» que narra la vida y hechos del nuevo profeta en su deambular por los innumerables vericuetos del sertón adonde lleva su prédica y mensaje, traducido en leyendas que cuentan sus milagros y buenas obras así como su poder y carisma, lo cual es garantía de la validez de la buena nueva de la que es portavoz; sus discursos recogidos por los fieles congregados que le escuchan forman el *corpus juris* que organizará su vida una vez que aceptan y se comprometen a obedecer sus dictados y que controlará en calidad de última instancia normativa la vida de la comunidad; y por último una profecía o visión en la que se resolverán las aparentes contradicciones entre lo anunciado y prometido, y la realidad en la que viven sus fieles o súbditos: el advenimiento en breve del fin del mundo que restaurará el orden antiguo en el que los que hayan seguido sus consejos ocuparán un lugar preeminente, gozando de una libertad y felicidad que en la tierra se les niega (OS, pp. 140-159).

Dado que las nuevas leyes que dicta: abolición de la propiedad, amor libre, desacato a la Iglesia Romana y al Gobierno republicano, etc., no encuentran acomodo más allá de esa zona donde habitan los sertanejos, opta por retirarse a un punto de la misma en espera del apocalipsis final en el que el Rey Don Sebastián y el Buen Jesús, surgiendo de las aguas o descendiendo de los cielos libren la batalla final que extermine al impío.

La actitud de esta nueva iglesia regida por un *nomos* milenarista es doble: por un lado, dentro del orden terrestre se comportan como un núcleo normativo aislado, dentro del orden utópico (visionario) lo hacen a la manera redentora pasando de microcosmos a cosmos el espacio en que su *nomos* se aplica.

Todo el esfuerzo de Euclides, al menos en un primer momento, era el de dar cuenta de este fenómeno de «mitosis» normativa que se le antojaba anómalo en un período histórico del Brasil, en el que éste se desperezaba del letargo en el que le había sumido la Monarquía reflejo del largo olvido o pesadilla durante el período colonial<sup>5</sup>.

Como republicano convencido no concebía la terquedad con que esos yagunzos, raza en vías de exterminio, podían frenar el avance de los ejércitos que defendían las ideas del progreso, de cuño enciclopedista y positivista, que sacarían a la nación del oscurantismo de siglos. Como él, había muchos que justificaban la intervención enérgica militar al objeto de que las nuevas ideas implantadas en el Brasil que acabaron con el viejo mundo, no se vieran agostadas por un resurgir de éste encarnado en un gobierno monárquico.

No se percató del hecho de que en un primer momento las ideas que él defendía también estaban modeladas según el patrón arriba expuesto a cuyo tenor se conforma la creación, desarrollo y propósito de un nuevo orden normativo: el *epos* lo constituye el acaecimiento de la República y la narrativa que recoge el hecho y lo transmite y difunde desde entonces entre los correligionarios, confeccionado a imagen y semejanza de la revolución francesa y vehiculado por la Enciclopedia y las ciencias positivas<sup>6</sup>; el *nomos*, la preservación, vigilancia y defensa de la nueva ley progresista, que se traduce en una superexcitación, delirio y extrema susceptibilidad para todo aquello que contradiga o cuestione la imagen que de aquél se hacen y que genera un «jacobinismo» fanático<sup>7</sup> de la misma índole que el «yaguncismo» supersticioso e irracional provocado por los sermones del «Conselheiro». Al orate profeta oponen un ídolo epiléptico, el coronel Antônio Moreira César:

era quem parecia haver herdado a tenacidade rara do grande debedador de revoltas.

O fetichismo político exigia manipansos de farda.

Escolheram-no para novo ídolo. (OS, p. 260)

El *telos* de tal movimiento no podía ser menos que la aniquilación del adversario primero y de toda oposición des-

pués con el fin de imponer un universo normativo absoluto, avalado por la gesta bélica y la salvación de la nación.

La «idea» del Conselheiro había modelado la realidad física, social y ultraterrena de la sociedad de *Canudos*, merced al carácter insular de la célula normativa desgajada del cuerpo de la nación. En efecto la ciudad era una

«urbs» monstruosa, de barro, definia bem a «civitas» sinistra do êrro. O povoado novo surgia, dentro de algumas semanas, já feito ruínas. Nascia velho [...]. Não se distinguian as ruas. Substituía-as dédalo desesperador de becos estreitíssimos, mal separando o baralhamento caótico dos casebres feitos ao acaso, testadas volvidas para todos os [...] como se tudo aquilo fôsse construído, febrilmente, numa noite, por uma mutidão de loucos... [...] as casas eram paródia grosseira da antiga morada romana. (OS, p. 162)

### Su organización social

na falta da irmandade do sangue, a consanguinidade moral dera-lhe a forma exata de um «clã», em que as leis eram o arbítrio do chefe e a justiça as suas decisões irrevogáveis. Canudos estereotipava o fácies dúbio dos primeiros agrupamentos bárbaros. (*Ib.*, p. 168)

Su visión, ya lo dijimos, era una amalgama de creencias paganas y cristianas aderezadas con ingredientes políticos (la República era el demonio) formando un todo confuso y caótico (*ib.*, pp. 150-151).

La «idea» de Euclides, el *nomos* que pretende justificar, habitar e imponer en la nación y de cuya adscripción da fe el discurso que confecciona, si bien no logra por completo configurar la realidad del país<sup>8</sup>, sí consigue al menos conformar dicho discurso, tanto desde el punto de vista de la composición como del mundo evocado por aquél, y que no son más que un reflejo de las leyes elaboradas por un positivismo pseudo-científico aplicadas no sólo al cosmos físico y social sino asimismo al del espíritu<sup>9</sup>.

El *topos* evocado se «dramatiza» cobrando vida a la manera de un enorme monstruo viviente que engendra y esclaviza al yagunzo al tiempo que hace frente y resiste al impulso civilizador del progreso, lo que no hará más que añadir prez a la gesta épica que tal tarea supone y de la que

el escritor sería testigo de excepción, a la manera de un César romano.

Esta «dramatización» o «personificación» del escenario se consigue mediante la aplicación sistemática en toda la obra de verbos de actividad al elemento físico (geográfico, geológico, climático)<sup>10</sup>. A ello colaboran en igual medida los símiles de que se vale el narrador-viajero para hacernos ver, o mejor sentir, lo que él mismo experimenta, y que responden al propósito del autor de aumentar la magnitud de la gesta militar y del espíritu que domeñarán con su acción el bárbaro teatro como antaño Roma civilizó con sus legiones el orbe conocido. No es de extrañar que las comparaciones se refieran a un mundo cultural ejemplar o grandioso como el romano o el griego en su faceta mitológica, legendaria o histórica. Crea con esta isotopía temática del comparable un escenario paralelo, que en filigrana y por distorsión especular aumenta las proporciones del espacio real, que si bien se ajusta al esquema metafórico de la épica<sup>11</sup>, pues nos da a conocer una realidad desconocida para nosotros, lo hace, no a través de un objeto comparado cotidiano, sino culturalista, de tal suerte que la función escalar opera no sólo en el ámbito físico sino histórico y por ende espiritual. El espíritu humano no es otro que aquel que descubre e interpreta las leyes que le rodean, sometiéndolas a su antojo y controlando desde esas alturas los más nimios detalles, sin que ninguno escape a su alcance interpretativo.

Ese engrandecimiento del escenario es un reflejo del engrandecimiento del espíritu del tiempo nuevo en que Euclides se había instalado y que tomaba por real, al menos en una primera fase. Con ello en lugar de provocar un distanciamiento épico entre lector y héroe de la gesta, trata de fundir a ambos para rebajar la escala de la raza inferior del yagunzo y de los que con su desidia (los monárquicos, los del tiempo periclitado y tradicional) permitieron que tales monstruos surgieran<sup>12</sup>.

Mas este uso de la comparación tiene dos caras, una la arriba expuesta, la otra, unir el comparado a un comparable igualmente desconocido: el escenario de Canudos y sus habitantes. El contraste de ambos elementos de la comparación refuerza el rebajamiento moral y organizativo del *nomos* del

enemigo, como veíamos más arriba al llamar a la ciudad «*civitas* siniestra» o «*urbs* monstruosa».

Lo que en un principio estaba previsto como un arma retórica al objeto de provocar en el lector un distanciamiento por abyección del universo normativo creado por el «Conselheiro», para arrastrarlo con más fuerza al suyo propio, por cuya causa lucha, engendrará una tensión entre ambos términos de tal manera que el efecto distanciador por momentos invierte la polarización, siendo causa el yagunzo y su mundo de admiración y simpatía (en el sentido etimológico), y el suyo propio, de rechazo<sup>13</sup>.

Estos dos sistemas —comparable épico republicano y anti-épico (por llamarlo de alguna manera), comparado cultural, ejemplar— que recorren el texto, y que confieren a la simple crónica de los hechos una triple dimensionalidad: la de la misma crónica, evocación neutra del hecho histórico; la de la épica, evocación imaginada y ensalzadora de la gesta; la de la anti-épica del yagunzo, evocación imaginada y deformada grotesca, caricaturalmente de su causa; terminarán por yuxtaponerse en una misma y única visión o expresión.

No por casualidad el oximoron es otro de los rasgos a escala lexical que el autor emplea con asiduidad, y que a medida que van fracasando las expediciones militares enviadas por el gobierno, inclina la balanza del elemento positivo del mismo hacia el yagunzo —*Hercules-Quasimodo*<sup>14</sup>—, el *Anteu indomável*, el *titá bronzado* del sertón (OS, p. 217); y de monstruo del laberinto<sup>15</sup> que había que matar para salvar al país, se convierte en víctima del minotauro, que ahora ha cobrado la forma del ejército republicano (*ib.*, p. 386).

El *nomos* elaborado por Antônio Conselheiro que se les antojaba a los republicanos caótico, resulta que es de figura laberíntica y tiene el poder de conformar el orden normativo de éstos a su imagen y semejanza, revelando que la pretendida superioridad y organización de aquel orden no era tal, tan sólo el envés o haz, según se prefiera, de la misma hoja.

El corpus ideológico sobre el que se sustentan es tan confuso como el del profeta, confeccionados con ideas de aquí y acullá, y transplantándolas tal cual a la realidad.

El *epos* triunfante y civilizador se transforma en una alocada anábasis en pos de un enemigo imaginario: el conspi-



rador monárquico detrás del espantajo del yagunzo; el cual acabará por engullirlos sin que su gesta deje rastro alguno, fundida en el mismo crisol de la insania fanática e irracional de Canudos y abrasándose en el mismo fuego delirante que despendían los ojos del Consejero al cual añaden para no ser menos las bombas de dinamita para cerrar y consagrar la cruzada por el Buen Jesús y el Rey Don Sebastián y la hazaña inolvidable en nombre del progreso espiritual de las razas fuertes del mundo nuevo<sup>16</sup>.

El *telos* visionario que preveía el advenimiento de un *nomos* transparente, sin fricciones ni coerciones, alcanza en verdad una situación estable, no por armonía sino por neutralización y destrucción de contrarios, no por pacto total sino por extinción de toda norma o ley.

El fin del mundo es realmente un fin, ni siquiera queda el trazo que el *nomos* gravara en el suelo para fijar su universo normativo, no queda nada, sólo silencio y olvido<sup>17</sup>.

El escritor, volviendo a recorrer el mismo camino que cuando acompañaba en calidad de periodista y testigo al ejército, pero con la distancia suficiente para haber reconsiderado el hecho, pertrechado con el mismo bagaje teórico y retórico que la primera vez aunque informado de una ironía corrosiva puesta al servicio de desenmascarar lo huero y fútil del mismo cuando de comprender la irracionalidad y la vesania fanática o racionalizadora se trata, traza de nuevo un surco en el sertón para que al menos quede esa marca como testigo indicador de lo que allí ocurrió.

No pudo cumplir su objetivo, el cual consistía en explicar un hecho histórico, y en hacerlo de una manera lógica, racional. Pero si pudo dar forma en su troquel negativo del discurso narrativo, no ya a la consagración de un universo normativo transparente, sino a la de una zona oscuramente transparente que acompaña al ser humano como una sombra o un miembro cercenado y en el que la distinción entre pasión y razón, deseo y objeto, ley y significado no existe, al no haber sufrido aún el estigma inferido por el estilete de la norma. Grabado ésta en la superficie virgen del continuo «anómico» genera automáticamente la disensión y delimita la zona en donde se dirimirá la nueva lucha por hacer coincidir los dos extremos: decálogo y aplicación.

Así como la razón trata de someter, ocultar o destruir la pasión, sin lograrlo nunca a menos que se convierta ella misma en pasión y se destruya en el combate, el universo normativo trata de ocultar o justificar sus orígenes, en los que se comportaba él mismo en contra de la ley. Es la fracción de irracionalidad que conlleva toda actividad normativa humana y con la que hay que aprender a vivir aunque no podamos dar explicación cabal de ella, y tan sólo lo hagamos de una manera imaginaria en forma de mito o de visión futura, precisamente los pilares sin fundamentos sobre los que se sustenta el edificio normativo de las sociedades humanas.

El testimonio de Euclides se erige en puente o discurso que une ambos extremos, en una épica de la irracionalidad no de la ejemplaridad, la misma que vivimos en el proceso de lectura. Es un universo normativo que se encastra en el discurso narrativo persiguiendo asimismo la transparencia y perfecta fusión de las dos partes de la que resultaría la plena armonía, el pacto ideal en que ambos litigantes quedaran totalmente satisfechos al par que se hubiera impartido una justicia completamente equitativa.

En su caso la transparencia, su visión, su *telos* sería la comprensión del hecho histórico, en definitiva del hombre y su destino, de su historia que le daría la clave para no cometer los mismos errores, al estar ésta constituida de guerras y sufrimientos, es decir para sustraerse a la misma o lo que es lo mismo para zafarse de la temporalidad y de la muerte.

Como no lo logra, vuelve una y otra vez a Canudos, a su discurso para recorrer la red de veredas que constelan laberínticamente el sertón, mientras otros, lejos de allí, pertrechados con otros útiles, los de la ciencia, sedicentemente apropiados al objeto de sus pesquisas, pasan y repasan el dedo y sus miopes ojos por las circunvoluciones del cerebro de Antônio Conselheiro con el ánimo de atrapar al demonio de la irracionalidad del hombre y del laberinto normativo en el que habita, paradójicamente sin minotauro y por tanto sin salida:

Trouxeram depois para o litoral, onde deliravam multidões em festa, aquêlê crânio. Que a ciência dissesse a última palavra. Ali estavam, no relêvo de circunvoluções expressivas, as linhas essenciais do crime e da loucura... (OS, p. 542)

Benet también tuvo la oportunidad de asistir, aunque indirectamente, todavía era un niño, a un episodio en la historia de su país de índole similar al acontecido en el Brasil del tiempo de Euclides: una guerra civil entre dos bandos que trataban de imponer su universo normativo, aun a costa de su mutua destrucción y por ende de la ruptura del pacto contractual adquirido bajo el gobierno legítimo de la República.

Del universo normativo de esta se desgajaron varios que se aglutinaron en torno a dos núcleos principales aunque sin que lograran armonizar los distintos *nomos* que cada uno traía consigo y que aspiraban a implantar una vez ganada y finalizada la contienda.

La tesis sobre la misma está expuesta de manera concisa y clara por Benet en un breve ensayo que apunta en esta dirección<sup>18</sup>, y se repite en otros lugares dentro de su obra de ficción<sup>19</sup>.

Como quedó dicho al comienzo de este trabajo, lo primero que debe hacer todo nuevo acto de mitosis normativa es crearse una tradición épica a la que unirse, fijar los límites del nuevo espacio y por tanto de la nueva era, y expulsar a los cuerpos extraños que no la acaten, comprometiéndose a llevar a cabo dicha empresa para lo que no dudan en partir en cruzada a un tiempo defensora y redentora, ya que el *topos* que aspiran a ocupar está compartido por el otro, con intenciones similares.

El *telos* de ambos es por un lado garantizar la unidad armónica de la nación y la preservación de sus sacrosantos valores y por el otro la elevación moral, cultural y económica del país acorde a los nuevos tiempos. La inadecuación entre el *epos* heredado y su *visión* futura con la actuación de ambos, en la guerra como en los respectivos gobiernos provisionales, da lugar a una tensión que reflejará la verdadera naturaleza de sus intenciones y la imposibilidad de recuperar la unidad y la libertad que ellos mismos destruyeron al destruir la legalidad de un *nomos* democráticamente constituido por esa comunidad de la que ellos por un lado se apartaron y por el otro paradójicamente dicen representarla en exclusividad. De una manera similar al ejemplo que los Republicanos jacobinistas brasileños le proporcionan, predicando progreso y razón mediante las balas, la barbarie y la destrucción.

Lo que en el caso de Euclides sólo se desprendía después de una relectura en sentido inverso de la crónica primera que escribió y que levantaba la máscara con que se encubría o disfrazaba la irracionalidad fanática de los adalides de la nueva era, un poco involuntariamente, casi como por la fuerza de los hechos narrados que con su imaginación y estilo adquirirían una dimensión y una tensión que se oponía a la tesis que había conformado e informado su espíritu, educación y talante, en Benet dará lugar a una temática que será constante en toda su obra y que la proyectará a otros planos de la existencia humana, no sólo al de la guerra.

Una primera consecuencia de la ruptura de la unidad perdida, y de la imposibilidad de constituir un *nomos* que rija la vida de una comunidad completa, es el constante sentimiento de que por mucho que se disimule con altisonantes proclamas y se reprima con medios expeditivos, el miembro cercenado en su momento en la guerra civil, siempre duele aunque su existencia sea meramente fantasmal. Y por más que se apliquen a desentrañar el origen de tal dolor con el fin de impedir que una regeneración del miembro antaño gangrenado pueda poner en peligro el resto del organismo, lo cierto es que su presencia se hurta como el yagunzo y se parapeta en las trincheras del temor del vencedor que una y otra vez lanza cargas contra un fantasma por el mismo creado y en donde ahoga y sume esa nostalgia que le aqueja y le corroe hasta acallararlo definitivamente, por agotamiento o por inercia del sistema.

En cuanto al vencido, vencedor moral, aguarda con la esperanza de que la visión que tenía cuando marchaba alegremente al frente para escribir con sus hazañas o su sangre las páginas de una nueva epopeya nacional, se haga realidad un día, y en eso consume sus días habitando un *nomos* imaginario, un mito, por falta de un *topos* sobre el que asentarse, no reconociendo en el que se haya en su estado presente como el suyo:

Que la vigencia del mito convierte la espera en esperanza; que la esperanza, con el paso del tiempo que amortiza y sepulta la creencia, se convierte en actitud y que esa actitud, a lo largo de generaciones se transforma en un rasgo de carácter<sup>20</sup>.

Búsqueda del eterno enemigo imaginario que quiere suplantarse con su anarquía gangrenadora al organismo entero,

eterna espera en una visión paradójicamente anclada en un pasado, son las dos consecuencias inmediatas que se desencadenaron acto seguido de haber borrado ambas partes los límites contractuales, racionalizadores y racionales, por haber sido pactados, de un universo normativo constituido para resolver la contradicción interna de una comunidad dividida internamente y cuyas facciones —como a la postre se demostró al no poder constituirse en unidades completas— tan sólo imaginativamente se otorgaban para sí mismas orígenes y futuros radicalmente distintos, sin dar lugar a un solapamiento de variantes normativas, lo cual provocó la ruptura.

Esto trasladado al ámbito del individuo, se encarna en una serie de personajes que o bien viven siempre en el mismo estado en que quedaron cuando un miembro amado por ellos les dejó con la compañía de su ausencia; una ausencia más dolorosa que su presencia (El Doctor Sebastián, Marré Gamallo, el Coronel Gamallo, etc.)<sup>21</sup>, o aguardan inmovilizados en el eterno instante de un momento, el inmediatamente anterior al que podría hacer cristalizar la visión en realidad o destruirla en añicos, y con ella su existencia (El primo Simón, Demetria, la Tía, etc.)<sup>22</sup>.

En un nivel más abstracto se establece un conflicto del mismo tenor, el mantenido por la Razón y la Pasión, y que permea siempre todo el texto narrativo benetiano, acompañado de un corolario existencial regido por un tiempo que no fue, que no se vivió, el que mediaba entre el primer gesto de esperanza y la ausencia del miembro cercenado o del sueño nunca precipitado, tan sólo cristalizado analógicamente y por fuerza del deseo.

Queda únicamente la ruina, testimonio de lo que no aconteció, un ha-sido que es el trazo vaciado del paso del tiempo instintivo o irracional por los pagos medidos por el tiempo racional con su disfraz encarnado por el tiempo gramatical.

«Región» es un ha-sido, una ruina, y se mantiene en este estado gracias a la labor infatigable de un guarda que con sus certeras balas se encarga de que la esperanza no renazca, con el fin de evitar otro desengaño u otra destrucción. El precipita en su *topos* regido por su dura ley, por su *nomos* absoluto, lo no vivido y lo destruido en la guerra civil habida entre miembros de un mismo cuerpo normativo y físico.

El enemigo imaginario de los republicanos brasileños se transforma en el mundo de Benet en el «Numa», pastor-guardián<sup>23</sup> que encarna un anti-mito, una visión negativa. Impide que las expediciones sucesivas enviadas con el propósito de hollar su feudo, los viajes de retorno emprendidos con el ánimo de resolver la interrogante y acallar la herida que los impulsó un día a empuñar el arma de la vesania o de la desesperación, logren su objetivo.

La insatisfacción esencial manifestada en las diversas dimensiones en las que el ser humano participa —excentricidad respecto de su conciencia; opacidad para con sus semejantes; desagregación del cuerpo nacional, familiar o amoroso; inadecuación entre su discurso y el universo—, encuentra su correlato al otro lado de la barrera que deslinda Mantua de Región. Del lado de acá, la topografía refleja especularmente al hombre que la habita (el doctor Sebastián podría encarnar el tipo ejemplar representante de la raza maldita de Región): el erial que lo circunda se corresponde con la esterilidad de sus ilusiones abortadas antes de germinar. Los terrenos sin cultivar son el fruto de su renuncia al deseo y a la fertilidad de la esperanza.

El comparante (tenor) es la ruina por contraposición a la grandeza clásica, romana o griega, que constituía el de Euclides; el comparado (vehículo) es el terreno yermo donde habita una raza que, para evitar el miedo a una ley más rigurosa, opta por acatarla sin condiciones, sabedora del fracaso habido en el pasado y del fracaso venidero, caso de desobediencia, y que saldaría con una muesca, otra más, grabada en el enlucido de su memoria.

Al otro lado se invierte la naturaleza de las imágenes utilizadas en el sistema comparativo empleado. En Benet, el laberinto<sup>24</sup> y el minotauro (el Numa, y el entramado entrevesado de caminos que conducen a su feraz feudo) no serán rebajados ni menospreciados despectivamente, como en el escritor brasileño, al objeto de poder ensalzar el esfuerzo civilizador de los heraldos de la nueva república, sino que se les eleva a objeto visionario, deseado. Sería el paradigma ejemplar al que hay que llegar para alcanzar la PAX (adecuación entre la letra de la ley, su interpretación y su aplicación). Es allí donde el *epos* y el *telos* se funden en el misterio. Irónica-

mente, dicho misterio, el secreto del monte, merced a su protector, nunca será revelado, al imposibilitar éste que las luces del entendimiento puedan dañarlo, sumiendo al «intrépido viajero» en la locura, y contribuyendo a que la «ruina» adquiriera una categoría épica<sup>25</sup>. Ella es la prueba fehaciente del fracaso y, por ende, el acicate que ponga en marcha el infernal mecanismo por el cual «las herrumbrosas lanzas»<sup>26</sup>, que yacían inertes desde que fueron abandonadas en empeños pasados, se yerguen de nuevo y reavivan con su brillo la llama paradójica de la libertad, a fin de derogar la ley imperante, a sabiendas, empero, de la imposibilidad de hacerlo, ya que la derogación implica la implantación de una ley más dura que la precedente.

El «Numa» —figura-timbre del *nomos*, del espíritu de la propiedad y del cual es su enfiteuta— violó una vez la virginidad del monte (ley natural, *physis*). Desde entonces lo protege. Es consciente, no obstante, de que un día perderá el combate con otro igual a él<sup>27</sup>, con lo cual se repetirá el proceso. Es sabedor de su fin, aunque sólo imaginativamente. Hasta ahora, siempre salió victorioso. Impondrá pues hasta el último momento su ley (certero balazo).

No hay pacto entre las partes, únicamente substitución. El que venga violará de nuevo la ley del monte (su *nomos*), pero acto seguido instaurará la suya, una igual que la anterior.

Encarna la contradicción de toda ley. En su origen es irracional, transgrede el antiguo *nomos* para devenir normativa. Su fin será violento, substituida por otra, de lo contrario legislaría siempre. Ella misma genera su contrincante, su propia irracionalidad o ruina. La inadecuación entre su origen (*epos*, deseo) y su fin (*telos*, aplicación) es insuperable: el acatamiento produce esterilidad; el desacato, el combate que conduce a la ruina, tanto si fracasa (misma situación), como si triunfa (implantación de una nueva ley). Es un mecanismo continuo y contradictorio.

El hombre paradójicamente para pactar con el entorno precisa de un universo normativo, aunque le sea dada la facultad de saber medir la distancia que media entre el *nomos* imaginado y el vivido, y la insatisfacción que ello le causa. Pero no le quedan más expedientes que ése, so pena de embargarse en el combate, real o figurado, en pos de un ene-

migo (ley actual que entorpece la instauración de una ley futura) o de una visión, que se escurre siempre de la presa que le hemos tendido, como el yagunzo o el Numa, lo cual nos sume en la locura o nos arrastra a su misterio o a su silencio (holocausto de Canudos, sacrificio de la víctima a manos del guarda de Mantua).

Las luminarias de la razón o la llama de la pasión tienen que rendirse a la evidencia de la imposibilidad de alcanzar la plenitud, siendo, a su pesar, «la luz de un fósforo [que] no despeja las tinieblas sino tan sólo muestra de su horror» (W. Faulkner).

La ley, en definitiva, es como el signo que, con su inadecuación para con lo denotado, abre la brecha por donde el discurso (*nomos* imaginativo) irrumpe por mor de manumitirse del dictado de la ley. Es el único mediador entre la ruina asfixiante o la nada, el envés de la guerra. Es el único espacio donde el ser humano puede tener la ilusión de vivir en un universo normativo en el cual norma, signo y deseo están íntimamente unidos y sin fisuras con sus respectivos objetos.

El acta levantada por Euclides da Cunha con el propósito de dar fe de lo que (no) pasó, ya que nunca supo en su momento lo que realmente pasó allí, semeja al monólogo o soliloquio del discurso narrativo benetiano, en el cual los personajes, incluido el Numa, tampoco saben lo que pasó cuando todo acabó (o empezó)<sup>28</sup>.

Su discurso es lo único que les queda y que nos queda, para que de esta manera nuestros ojos o nuestras yemas recorran los surcos abiertos por sus signos o normas con el fin de poder quizá encontrar en su vacío ese secreto tan celosamente guardado en los laberintos del sertón o de Región, en lugar de movilizar una vez más otra expedición militar o iluminista que se perdería de nuevo en las circunvoluciones de la racionalizada sinrazón.

*Mariano López*  
Universidad de Friburgo

#### NOTAS

<sup>1</sup> *Os Sertões*, Rio de Janeiro, Ed. Paulo de Azevedo, 23ª ed., 1954; en adelante OS. El enclave imaginario de «Región» aparece en casi todas las nove-



las de Juan Benet, por lo que resultaría prolijo enumerar cada una en particular. Cuando me refiera a alguna de ellas en concreto, indicaré la edición utilizada.

<sup>2</sup> Cf. Juan Benet, «De Canudos a Macondo», *Revista de Occidente*, n° 81, 1969 (enero), pp. 49-57. En parecidos términos se expresa en la entrevista concedida recientemente a su amigo y también escritor J. García Hortelano, aparecida en *El Urogallo*, n° 35, 1989 (marzo), pp. 31-77.

<sup>3</sup> Malcolm Alan Compitello, «Region's Brazilian Backlands: The Link between Juan Benet's 'Volverás a región' and Euclides da Cunha's 'Os Sertões'», *Hispanic Journal*, 1, n° 2, pp. 22-45.

<sup>4</sup> Cf. Robert M. Cover, «Nomos and Narrative», *Harvard Law Review*, vol. 97, 1983 (november), pp. 4-68.

<sup>5</sup> Véase José Maria Bello, *A History of Modern Brazil: 1889-1964*, California, Stanford University Press, 1966, pp. 78-156 (no me ha sido posible consultar el original escrito en portugués).

<sup>6</sup> «No ambiente intelectual [do Brazil] perturbado pelas perplexidades e pelas falsidades da transplantação (cultural), em que se confrontavam, numa luta constante, o velho e o novo, surgem, na fase que vai dos fins do século XIX ao encerramento da Primeira Guerra Mundial, algumas das mais importantes interpretações do Brasil. Os intérpretes voltam-se para o Brasil munidos ainda de instrumentos de análise elaborados por uma cultura externa, que não assimilam e nem adaptam [...] utilizam-nos sem escala e sem medida, como se fôssem fórmulas eternas e universais, capazes de decompor, ao longo de todo o tempo, qualquer quadro social, econômico e político, fornecendo claramente, as peças essenciais de cada uma [...]. Existe ainda, assim, a tendência em conferir à inteligência uma função normativa, a aceitação da idéia de que ela encerra o sortilégio de modificar as condições da realidade. O que era novo em nossa vida intelectual, entretanto, começava a ganhar uma extraordinária força.» (Cf. Nelson Werneck Sodre, *História da Literatura Brasileira*, Rio de Janeiro, Ed. Civilização Brasileira, 1964, pp. 446-447.)

<sup>7</sup> «Mau grado os defeitos do confronto, Canudos era a nossa Vendéia. O 'chouan' e as charnecas emparelham-se bem como o jagunço e as caatingas» (OS, p. 218). Cf. asimismo, J.M. Bello, *op. cit.*, pp. 136 ss.

<sup>8</sup> Cf. lo expresado por el crítico N. Werneck Sodre en nota supra 6.

<sup>9</sup> Véase N. Werneck Sodre, *op. cit.*, p. 5. Las alusiones que aparecen en OS a diferentes científicos y filósofos de la época dejan transparecer el cúmulo de lecturas que dieron origen a las teorías expuestas sobre el sertón, el yagunzo y la guerra de Canudos, entre ellos por ejemplo Hegel (OS, p. 45), o Taine en el prólogo escrito por el Euclides, el cual, como bien dice en nota a pie de página la prologista a la edición en castellano de OS «atribuía los eventos históricos a la conjugación de tres factores: raza, medio y momento. A ese esquema se remite la división de *Os Sertões* en tres partes, tituladas, 'La Tierra', 'El Hombre', 'La Lucha'» (*Los Sertones*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho, 1980, p. 385, nota 7; prólogo, Walnice Nogueira Galván; traducción, Estela dos Santos).

<sup>10</sup> Por ejemplo «De sorte que quem o contorna [O planalto central do Brasil], observa notáveis mudanças de relevos [...], um aparelho litoral revôlto,

feito da envergadura desarticulada das serras, riçado de cumiadas e corroído de angras, e escancelando-se em baías, repartindo-se em ilhas, e desagregando-se em recifes desnudos, à maneira do conflito secular que ali se trava entre os mares e a terra» (OS, p. 3).

<sup>11</sup> Al menos según lo entiende Benet, que es quien nos interesa, pues de una lectura deformadora e irónica del sistema comparativo empleado por Euclides, resultará el suyo propio, el cual conformará el topos regionato: «La cuestión del origen de la metáfora en la epopeya radica en la perentoria necesidad que siente el poeta de suministrar al lector —que no tiene por qué tener idea de las proporciones de lo que le están hablando— la escala de referencia entre lo que aquel describe y lo que éste conoce por experiencia [...]. A más etéreo el objeto representado, más preciso, mejor definido el objeto comparado» (Juan Benet, *Puerta de tierra*, Barcelona, Seix Barral, 1970, pp. 23-24; en adelante PdT).

<sup>12</sup> Georg Lukacs, hablando a propósito de las ciencias del espíritu que proliferaban a finales del siglo XIX y en el alborar del siguiente, dice: «Estaba de moda [...] crear sintéticamente conceptos generales a partir de los cuales se descendía deductivamente hasta los fenómenos singulares, con la pretensión de alcanzar así una grandiosa visión de conjuntos» (*Teoría de la novela*, Barcelona, Edhasa, 1971, p. 15). Parecida visión es la que pretendía en un primer momento ofrecernos el escritor.

<sup>13</sup> «Sôbre tudo isto um pensamento diverso, não bosquejado sequer mas por igual dominador, latente em todos os espíritus: a admiração pela ousadia dos sertanejos incultos, homens da mesma raça, de encontro aos quais se despedaçavam daquele modo batalhões inteiros...» (OS, p. 433).

<sup>14</sup> Cf. OS, p. 101.

<sup>15</sup> El yagunzo se hurtaba al ataque del soldado gracias a un dispositivo de trincheras que le permitía atacar sin ser visto, lo que a los ojos de aquél le confería el estatuto de un enemigo invisible que no obstante acechaba y mataba cuando menos lo esperaba. Por eso Euclides transforma la red de trincheras en un laberinto (cf. pp. 350 ss.).

<sup>16</sup> OS, pp. 528-529.

<sup>17</sup> «Caíu o arrial a 5. No dia 6 acabaram de o destruir desmanchando-lhe as casas, 5.200, cuidadosamente contadas» (OS, p. 542). Comentario irónico del escritor, como queriendo decir que extinguida la pasión o la insania vuelve a señorear impávida la razón y la lógica como si no hubiera pasado nada, como si se despertara de un mal sueño.

<sup>18</sup> Cf. Juan Benet, *¿Qué fue la guerra civil?*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1976, pp. 10-11.

<sup>19</sup> Por ejemplo cf. en *Herrumbrosas lanzas*, libros I-IV, Madrid, Alfaguara, 1983, pp. 28-29.

<sup>20</sup> Cf. Juan Benet, *Artículos*, vol. 1 (1962-1977), Madrid, Ed. Libertarias, La Pluma Rota, 1983; «Lusitania», p. 39.

<sup>21</sup> Cf. Juan Benet, *Volverás a región*, Barcelona, Destino, 1981 (en adelante VR).

<sup>22</sup> Personajes respectivamente de *Saúl ante Samuel*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1980 (en adelante SAS); *Un viaje de invierno*, Madrid, Cátedra, 1980 (VR); *En la penumbra*, Madrid, Alfaguara, 1989 (EP).

<sup>23</sup> A través de una red intertextual podemos establecer la relación que existe entre el nombre «Numa» y la función que cumple:

«*Nomos* es la palabra griega que significa ‘tierra de pastoreo’ y el nómada es un jefe y patriarca de un clan que dirige la asignación de las tierras de pastores. Así *Nomos* asumió el significado de ‘ley’, ‘distribución equitativa’, ‘aquello que es adjudicado por la costumbre’ [...] y por lo tanto se convirtió en la base del derecho occidental», Bruce Chatwin, *Los trazos de la canción*, Barcelona, Muchnik Ed., 1988, pp. 218-219.

Numa era pastor, y establece con su labor de vigilancia una costumbre, la cual, merced a su infalibilidad, se eleva a la categoría de ley. El es la Némesis (*nemein*: pastar y asignar tierras) que distribuye justicia en Mantua y por ende en Región, en donde la costumbre (esperar o volver al punto de partida, rito existencial) se convierte en ruina. El es también el nómada que recorre infatigablemente su tierra de pastoreo, Mantua, donde su norma reina por doquier.

Paradójicamente Numa era el rey romano que asentó al guerrero en la tierra y lo convirtió en agricultor, el enemigo de los pastores. El campo cultivable estaba delimitado por lindes fijabas por pagos (estacas) que eran inviolables como los de la ciudad o los de la casa privada. La ley prohibía toda transgresión. Numa Pompilius estableció el culto al dios Terminus. Este límite era el *topos* que fijaba el *nomos* de aplicación de la ley romana. Toda violación desencadenaría la guerra. De ahí se desprende de que por un lado, y por disuasión, la conjurara, y por el otro la hiciera siempre presente en su ausencia, ni más ni menos que la disuasión llevada a cabo por la barrera que marca el límite de Mantua o el balazo que marca su violación.

<sup>24</sup> «En ese páramo, todos los caminos se pierden, divididos y subdivididos en un sinnúmero de roderas alucinantes» (cf. VR, p. 40).

<sup>25</sup> En segundo plano y por contraste irónico, asoma la obra que a buen seguro encandiló la atención de Benet, y quizá también la del culto Euclides: F. Gibbon, *Decadencia y ruina del imperio romano*, Barcelona, Turner, 1988 (reproducción de la traducción de José Mor Fuentes). A juzgar por el estilo enfático, distante y solemne con que Euclides acomete su labor testimonial, y por el estilo del mismo tenor utilizado irónicamente por Benet, no podemos dejar de escuchar en su lectura los ecos de la majestuosidad lapidaria, no sin un ápice de sátira y de ironía, con que Gibbon despacha su labor. El tema así lo pide, aunque con la distancia temporal y por tanto de estatura épica que media entre el imperio romano y el Brasil de Euclides, y con más razón entre una guerra civil entre los miembros de un imperio en ruinas, como el español. Esa distancia es la que invierte e ironiza por la fuerza misma de los materiales empleados por Euclides el propósito previo de recuperación de un tono y un contenido para su mundo que no le correspondía, y es con la que Benet juega y de la que saca el efecto contrastivo, por veces cómico, por veces grotesco que se desprende del contrapunto intertextual, no sin que en otras eleve lo cotidiano, lo insignificante, lo anónimo a categorías que alcanzan el grado de épicas.

<sup>26</sup> Es el título que Benet dio a la crónica de la guerra civil en Región, que es un trasunto épico-irónico de la que tuvo lugar en España. Cf. *Herrumbrosas*

*lanzas* (Libros I-VI), Madrid, Alfaguara, 1983; Libro VII, *Ib.*, 1985; Libros VIII-XII, *Ib.*, 1986 (en adelante HL). La serie no está concluida, aunque aparecerá en breve por estar ya en prensa.

<sup>27</sup> Cf. Juan Benet, *Del pozo y del Numa*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1978, pp. 140 ss (en adelante DPN).

Este procedimiento es el mismo a que se ve sometido el rey del bosque emplazado en Nemi. Este tenía que acechar día y noche para no ser muerto por el aspirante a ocupar su puesto. La sucesión violenta garantizaba el bienestar de toda la población y aseguraba la continuación del ciclo regenerativo.

El santuario de Nemi servía históricamente de refugio de esclavos y de perseguidos, al ser un lugar sagrado, la ley normal no era aplicable en el ámbito de su jurisdicción, con lo cual se hallaban protegidos mientras estuvieran allí. Un refugio nómico de la misma índole que Mantua, donde iban a parar los que huían de los vencedores de las repetidas guerras habidas en la nación (caballeros cristianos, moros, carlistas, republicanos) para no reaparecer más, y semejante a Canudos, donde por orden del Conselheiro no se aplicaba la ley de la república sino la suya, trasunto de la del Buen Jesús.

<sup>28</sup> «Ya era entonces otro momento y hasta otro escenario, un ahora precedido de un antes [...]. Ya ha ocurrido y, sin embargo, a causa de tales fortuitos hiatos no sólo no sucedió sino que estará siempre —un siempre fragmentario— en trance de suceder. «Ya ha pasado todo», dice con la cara vuelta hacia la pared y con la mirada puesta en los accidentes del maltratado enfoscado rayado a punta de navaja o de uña por todos los que le han precedido en el catre. No lee nada pero piensa que es lo único que queda, las únicas inscripciones permanentes de una guerra concluida por un fallo de la banda sonora.» Esta cita corresponde a un fragmento inédito correspondiente a la última entrega de HL, *vid. sup.*, y que fue reproducido en *El Urogallo*, Madrid, núm. 35, marzo, 1989, pp. 31-77.

«Así pues había olvidado lo que había informado sus primeros pasos por el monte» (DPN, *op. cit.*, p. 104).

Simón, el primo del oficial republicano, Emilio Beltrán de Rodas, prefiere «seguir cavilando en torno a lo que pasó, porque no sé lo que pasó y —es más— me niego a saberlo. Si lo llegara a saber tendría que callarme y ¿entonces?» (SAS, *op. cit.*, p. 155). Cf. *asimismo*, OS, *op. cit.*, p. 479.

